



**PRIMER INFOLIO
DE LAS VIDAS REUNIDAS
DE ALMERÍA SMARCK**

DIANA GARZA ISLAS

PRIMER INFOLIO DE LAS VIDAS REUNIDAS DE ALMERÍA SMARCK

Diana Garza Islas

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*, volumen 3, número 2, abril-junio de 2021, es una separata de *Grafógrafxs*, publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 2-80-03-55, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo. Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2683-1902, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Impresa por Jano, S. A. de C. V., Ernesto Monroy 109, Col. Exportec II, C. P. 50223, Toluca, México, Tel.: 72 22 14 54 63 y 72 22 14 82 67. Este número se terminó de imprimir en abril de 2021 con un tiraje de 2,500 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

Yo era una gambusina italiana y tenía a mi patíño. ¿Cuánto habríamos ahorrado en vasitos de unicel si en lugar de damnificados hubiéramos usado locos normales para esta película? Eso es lo que teníamos que resolver. Yo le explicaba un método: dibujar un círculo con la uña recta y hacerle rayitas como a un sol empezando por el lado derecho, luego voltear la muñeca y seguirlas al izquierdo hasta terminar. A las 10 p.m. se volvía más difícil. Pero es cuestión del papel, le decía yo, no de nuestras uñas. Léase como se lea, no había oro ni nada parecido en ninguna parte de la historia.

Kurosawa me veía a los ojos y me hacía una confesión: yo soy el inventor de la *Fijada fija* también llamada *La mirada que mira*. Me dijo que él había creado la estrategia de aviso: les pones *Las Valquirias* antes de bombardear. Yo soy el inventor de la guerra en cualquier parte del mundo y como sea a nadie le importa. Allá lo que quieren es poder salir en bicicleta. Hacen manifestaciones para que les den un carril y para bañarse sin que las enfermeras te miren y en realidad ni son enfermeras, si te fijas bien. Acá, por ejemplo, en mi casa un tipo se agarró el cuello, se lo apretó, se convirtió en una mora gigante. Su última preocupación fueron sus propias huellas dactilares, que no se las fueran a hallar. Entonces las hormigas que ya empezaban a visitar mi cabeza muerta fueron mi realidad más inmediata, filmarlas de una en una junto con Alexis, ya que a nadie le importó que yo inventara la *Fijada fija*...

Me enviaban dos cartas, una escrita en alejandrinos y que era el disfraz de un cuento infantil no muy extenso, media cuartilla acaso. La otra era un poema construido a partir de “cacofonías y derivaciones del desierto de Gobi”. Ambas cartas las firmaba alguien que se hacía llamar “Un Tal Cara Verde”. Aunque no entendía el propósito de esa correspondencia, estaba segura de que duraría todos los años que me restaban de vida.

De vacaciones en Irak. Un mercado-laberinto de adobe. Luego de enseñarme muchos tapetitos para sanitario y blusas ombligueras, le exijo a mi guía: *llévame donde están los verdaderos libros iraquíes, estos no son los verdaderos libros iraquíes* (señalo unos zapatos de Aladdín). Ella dice que sí. Más laberinto. Casi al entrar a la librería secreta, volteo: un tsunami aproximándose. Sé ya que mi padre ha muerto. Mi madre no sabe dónde está nuestro hotel ni yo recuerdo su nombre. Mi madre es una niña. En algún momento aparece mi abuela. Le pido ayuda para volver a la embajada, pero ella se da besitos con su suegra y me ignora. Paris e Isaí son felices con sus frascos de salamandras. Yo veo una mujer sin cabeza con una cabellera “oriental” tejida a su blusa. De pronto, ya no hay nadie. La ola de treinta metros se había quedado congelada, sin nunca caer. Aun así, todos habían muerto ahogados, excepto yo, que debía vivir para escribirlo todo.

La historia de los 800 gramos libres. La historia de las redilas y el plantío homónimo. La historia de la caravana guaraní, que revirtió. La historia de los especialistas que usaban pies. La historia de cuando “sucede algo que sólo puedes recuperar si se desprenden de su poder decir yo”. La historia de cuando, por ejemplo, descubrimos que el petróleo era una fruta. La historia de “pinta tu casa”. La historia de Nancy. La historia que nadie supo. Y por último, la historia de un río, el cual pertenecía a otra historia.

Mi esposo me decía que soñó un poema: eran columnas de Excel con una serie de relaciones o explicaciones o instructivo o estructura de “si esto... esto otro”. Todo con el objetivo de construir un robot o desarrollar un videojuego o armar un congelador. El poema terminaba con la palabra “beamsun”. Era el poema más hermoso del universo, aunque no lo pude transcribir.

Después, un taxista me pide que le prepare un martini y lo hago, pero me voy corriendo y me lo bebo yo. Luego, caía un encobijado de mi clóset y Rusell Crowe lo atrapaba. Era un niño-estampita que había nacido del vientre de la rata (que era hombre) y de mí, pero Rusell Crowe decía: *Gloria, gloria, nacimiento virginal*. La colchita era de Batman y celeste. Yo me quedaba viendo al encobijado-hijo-estampita tratando de hallar la relación entre Batman y la Virgen cuando de pronto el taxista cayó del clóset también, gritando: *mi midoriii, mi midoriii*.

Él me regala un libro antiguo, es un tratado de botánica egipcia, más precisamente: de plantas imaginarias. No es *Voyrich*, pienso más bien en el *Papiro de Ippur*. Una chica pronuncia, según ella muy correctamente, *Margarithe the Dhuras*. En la casa de mi abuelo se da un curso de hacer personitas, yo me enojo porque los instructores creen que las personitas deben llevar necesariamente piernas y brazos. Una oruga que cuidamos, de plasma verde, se extravía; se convierte en tallos. Quieren hacernos creer que renació en una mantarraya o un *hotcake* volador. De esto se trata el libro en realidad: de los que creen en una versión y de los que creen en la otra. 400 páginas.

Dice: quiero figurar en las listas. Dice: quiero sentir muchas cosas, como cuando estaba muerta.

Hay alguien ahí. Es como una princesa que me mira que en realidad es un hombre que me come.

Aquí sólo hay un cocodrilo gigante y mucho sol. El sol, contrario a lo que podríamos imaginar, no es verde.

Ahora estás tú. Le tomas fotos a la carne. Una voz dice: *Bienvenida a tus nombres*.

Pero sabemos que cualquier voz es la voz de la niña que fui. Esa voz me asegura que las capas de la Tierra son cuatro: *Sicoca*, *Coleia*, *Isi* e *Ife locale*.

(O alguien filmaba mi abducción. Se llamaba Myrna o se llamaba Brucoleco.)

No hay más que decir. Estamos en mi casa, abierta, la de antes, *medieval*, con ventanas de arco y expresión de caballero. La piscina desapareció pero habrá fiesta. EL ANIVERSARIO. En la cúpula está el rostro de mi padre. Ahí está. No lo miro y sigue ahí, como un antiguo demonio muy amado.

Por último, mi madre; sus cenizas o el mar.

Me comía uno de esos pasteles de don Vladímir Lenin, pero en realidad era esto: en la oficina teníamos el cadáver de un tipo llamado Alma. Su féretro era una caja de cereal gigante. Cuando ya no había nadie en la oficina, el muerto Alma se transformaba en un árbol que daba mandarinas, espaguetis, alfalfa y ajonjolíes. Era una situación laboral injusta: nadie más podía contárselo a los otros. Sólo yo.

Una silla que te contactaba por redes sociales para hacerte “trabajitos”. Yo la invito a mi casa por curiosidad de cómo hablará una silla. Obviamente, lo hace de forma telepática. La silla dice que es de pino pero en realidad es de metal o de doble rombo. Yo le cortaba una pata pero ella al instante se reconstruía. Pese a la tragedia implícita, todo era muy gracioso, o parecido a una película de Robocop.

Nicolas Jaar, Nico Muhly y Niccolò Paganini miran los cables de luz donde se posan veintidós pájaros en forma de notas musicales. Nicolas cierra los ojos hasta que se le sumen. Muhly no tiene orejas, en su lugar se le dibujan fetos en relieve. Niccolò abre exageradamente la boca a modo de carcajada, pero sin emitir sonido. Al fondo, una pared con un grafiti en azul:

Confederación de Veteranos de Squash

Una mano que yo sé coge un árbol por el tronco y lo alza hasta extraerlo. *Zoom*. En lugar de raíces, el árbol tiene once huevos enormes de avestruz. En cierta parte del tronco se lee en letras pequeñas:

Sponsored by Nikola Tesla

Eso pasaba hace 2 000 días y yo veía desde un color parejo minúsculas estatuas alimentándose y me decían *allá no hay, aquí es aquí*. Era un jardín rojísimo y yo era dos y tenía nombre y los ojos abiertos. Bueno, o casi nunca. Luego me decían que fui dada a luz porque cesé. Mi madre se llamaba Blanca, como sigue llamándose todavía. Yo la conozco. Era algo como un sol que duerme todavía en mi cuerpo y conoce los nombres del color que me cumplen, que me llaman. Y siempre era la hora del té aunque me criticaban que eso no era mío, que eso era otro cuento.

Entra llamada de alguien llamado Vietnam. Lleva el código 492. Contesto. Vietnam me dice que me ha soñado y que le pidieron darme este mensaje: *Cuando un proscrito lleva una caja de palos, entonces es una caja de palos. Cuando un proscrito lleva una caja de lluvia, entonces es una caja de lluvia. Cuando un proscrito lleva una caja de piedras porosas, entonces es una caja de piedras porosas. Cuando un proscrito lleva cargando una caja vacía, entonces es un verdadero mensaje.*

Estoy en Ámsterdam o en un barco. Hay un título de algo: “El sombrero de la pluma. El cortaplumas”. Cae un meteorito para que pensemos que es el fin de la historia, pero sucede en horizontal, sabemos que no caerá nunca. El hombre que se quedó enredado en los foquitos Navidad. El otro hombre que lo rescata. Se intercambian los sombreros. Es un sombrero de militar con una pluma y después una gorra de sindicato. En la oficina del vagabundo no está el violín en su caja, el exoficial se queda con el cuello en el aire. Larga discusión. El nuevo refugio es un estudio fotográfico y todos debemos quedarnos aquí por la inundación. Habrá que escuchar el acrílico romperse. Habrá que preparar taquitos. Cuarenta días o años, no recuerdo bien. La *top model* entra y saldrá, con el cometa sobre su cabecilla de pollo. Se verá en *flashback* todo lo que hicimos en la vida, mucho tendrá que ver, por supuesto, con pequeñas cosas, como *cupcakes* flotantes a través de las ventanas de un edificio londinense. Todas estas cosas se verán proyectadas sobre un papel moneda falsamente danés. Hasta que se acabe al betún, no habrá final.

Leo un poema sobre vasos de vidrio. Aparece el nombre Almería Smarck en una línea viuda y el resto de las palabras se difuminan. Una voz me dice que debo encontrarla. ¿Armaría o Almería? No sé si se trata de un libro o de una persona, pero sé que debo hacer lo que me dicen.

De regreso, veo un diseño de playa que no estaba inicialmente. La arena toca el cemento, ya no se ve la puerta de entrada a este lugar. Paso por un edificio que graba en su fachada: “Este es el Primer Poema de Amor”. Llego al Centro de Capacitaciones. El maestro: *el problema es que tu sueño no tiene nada de onírico*. Yo no sabía que estaba soñando —le digo—, es que yo pensaba que soñar era como... El instructor me interrumpe: *como ir a Babilonia, ¿verdad? Pero no*. Sonreímos. Pregunto por “Javier”. Cuchicheos. Por la situación de sus espaldas entiendo que el que está ahí es el fantasma de otro “Javier”. Ansiedad por el fantasma, por la letra J, en general.

Alguien me jala del cabello. Me frota lavanda con agua caliente. *Lo que necesitas es no respirar*, me dice. Me obliga, me lleva a su cama. (Es una mujer.) Yo iré poniendo atención a las respiraciones. (En verdad quiero morirme.)

Cuando por fin logro quedarme muerta, despierto de golpe en mi cama.

Yo y Lenin en la clase de un pintor afamado. Lenin es el diablo también. Es hora de nuestro truco: volar acostados, como en el cuadro de Chagall. Decimos: *¿si todos sabemos volar, por qué no lo hacemos nunca?* Imágenes, pocas: zapatos de vinilo con tacón muy alto. Oz no es. Fresas a lo lejos, como varicela.

Desterrados de aquí.

En algún punto de la obra teatral hay una pecera sobre mi estufa. Lleva ahí toda la vida. Un pez-martillo pelirrojo sale, quiere vivir en lo seco. Es un pez-martillo y también un león o un anfibio personalizado. Cuando llegan mis compañeros actores (tenemos que interpretar la proyección de una palabra en neón, pero yo no quiero escribir con ellos “La Lluvia Lejana”), el animal se devuelve a la pecera. No entiendo cómo de su tamaño crecido en modo persona volverá a ser un pez tamaño pez, pero lo logra arrojando todo su cabello rojo a la cazuela. A mí, durante todo el procedimiento, me da miedo que el anfibio leonado se fría o se llene de mole, pero él consigue entrar perfectamente en la cazuela, aunque ya nunca regresa a su tamaño. Él me ve, y creo que me ama. Se parece a alguien que ya no recuerdo.

Tengo, a la altura de la campanilla: un adoquín amarillo con la figura de El Niño Fidencio; a los lados, dos imágenes: Santa Teresa y Ganesh. Hay breves repisas que sostienen cada uno de los artículos. Me extraña que nunca se hayan caído a mi garganta. Pienso en todos los movimientos que he tenido en mi vida y cómo esas figuras nunca me han ahogado. Bajo y encuentro una rendija de alcancía. Nunca pensé que fuera tan pequeña la abertura para tragar. Este nivel es de madera. Hay el papelito que me dieron cuando nació *¡Es un niño!* y medidas y datos y tres monedas diminutas, plateadas. También hay otra cosa que no sé. Me extraña que las monedas nunca hayan pasado por la rendija. Voy de regreso a la entrada de la boca. Es una puerta de cristal giratoria y a la vez un diente degrafilado, estampado de helicóptero con cámara. Sobre el dibujo dice en letras muy chiquitas y en tipografía de grafiti: *Lechero*. Extraigo el adoquín amarillo fidencista y todas las demás cosas acumuladas aquí. Aunque sigo sin entender en qué momento puse todos estos objetos en mi garganta, lo veo como una señal: es hora de aprender a hablar de nuevo.

Es un campamento de verano que es también un concurso y un desfile de modas. Nos dedicamos a matar animales ahí. Se ve un corte sagital de la cabeza de un reno bebé cuando una de las niñas que está conmigo me encuentra en algún punto. Ella piensa en revivir al reno. Yo sólo pienso en cuándo saldrá el primer autobús.

Debemos llenar solicitudes. La mujer antes de mí escribe en la primera forma: *I need to go out to get some dips, and ir a recoger mi carro al circo a las cinco pe eme*. Si tomo mis formas escribo toda una novela. En una parte se dice que me darán 40 000 dólares para el carbón y una cama. Me nace un sentimiento de codicia. La última forma es un *disclaimer* de *Lo que no se entiende*. Tiene grabada una advertencia al inicio:

Este contrato se escribió en el siglo XIX,

Atte. TUNISIA

Se enlistan debajo todas las especificaciones de lo que podría ser no considerado como *cantar*:

- a) si tu canción se superpone a la mitad,
- b) si no es un tarareo propiamente *dicho*,
- c) etcétera.

Verifico que haya tres ejemplares de la misma forma por si me equivoco.

Entreveo a la niña inicial mata-renos y llego al andén. Un nicho. Tiene un popurrí de símbolos religiosos; el ídolo es un pedazo de carne muerta. Aunque no es visible para ninguno, yo hago una reverencia, esto me llena automáticamente las manos de sangre y de tuétano. Una mujer obesa y vestida a rayas verdes da un discurso sobre *Lo peligroso de la matanza de animales muertos*. Alguien dice: *Ya no dejen entrar gratis a los adeptos. Ya basta. Ya no dejen*. Otra persona se queja de que mi madre esté ahí. *Que no vayan a dejarla, ¡no vayan a dejarla!*, se escucha a coro.

Finalmente, Sofía y Minerva en el desfile de modas. La entrada es la fila a una montaña rusa y un podio de escuela primaria. De pronto me doy cuenta de que hoy es Navidad. El desfile de modas se trata de mi hermano regalándole a mi hijo una sierra eléctrica. Mi hijo finge que mata a un reno con ella sólo para darme gusto. La niña manda mucho besos con la mano para despistarme, pero de cualquier modo despierto.

Al regar una planta en el hospital de mi papá, se mueve una pared. Entro al laberinto de azulejos blancos. Mi misión es encontrar el quirófano donde van a operar a mi bolsita de colores. En su lugar, encuentro un anaquel lleno de diarios infantiles con candadito. Los diarios a la vez son almohadas. Abro uno, ahí se me indica que para salir del laberinto debo ponerme una corona de algas, ahogarme en la alberca y esperar a que me tomen una fotografía. Entonces aparece un contador fiscal con su camisa blanca de sacerdote. Ordena apagar todas las luces. Esto provoca el diluvio universal. Se puede escuchar la voz de Ofelia diciéndome: *despierta, despierta, ya somos diez.*

Me dan una beca para ir a Ecuador y la rechazo. Mis padres me intentan convencer por medio de un artilugio: una palangana de agua de lluvia estilo lepra. Yo llevo esa palangana rosa rectangular por escaleras del IMSS. Camas, fotos, muestras de orina: ya todos habían sido becados menos yo.

Ecuador era una Lovaina árabe. Me convenzo al fin: doscientos años no es tanto tiempo si lo reparto entre mis demás personas que soy o puedo ser.

Una playa de roca invernal. Ahí me encuentro con unas piezas mediocres sobre “la curaduría”. Tabletas de napalm, antojitos mexicanos, cosas por el estilo. Las piezas son camafeos que tienen en la superficie una representación de las Tres Gracias Burguesas. Al abrir las tapitas, la figura de un pescador como de Emulsión de Scott, saludando *efusivamente*. Quitarlas y ponerlas forma parte de

lo que se espera de mí como espectadora. Yo le digo a mi mamá: *mira, hombre-mujer, hombre-mujer, hombre-mujer, hombre-mujer.*

Nos reímos mucho de las cédulas, aunque mi madre no logró nunca entender el verdadero significado de *hombre*, y tampoco el de *mujer*.

Desde otro ángulo, puedo ver mi cuerpo. Ahí la lluvia lo ha vencido todo.

Alego con el estanquillero bajo mi casa (obra gris, gigantesca, con trescientas habitaciones). Ahí encuentro el tronco.

Entre tanto, una fiesta de cumpleaños. Mi papá es el presidente del país, algo con anestesia y pancartas frente a la mansión. No entiendo por qué nunca me han habilitado un cuarto ahí, en la residencia oficial.

En el tronco están tallados tres caballos. Sólo son visibles si el tronco se coloca en cierta perspectiva, pero cuando se colocan y no son tres, sino cuatro, ya no son cuatro, sino sólo uno. Un listón violeta, previo a la aparición del cuarto-único caballo. Al jalar el hilo, se revela una boca de ballena de hojalata. Al extraerlo (¿es la amígdala, la campanilla, la nuez de Adán?) se ve que cuelga de sí una llave como de automóvil antiguo (Ford negro, acero indeformable) que es también un camafeo de corazón.

El cuarto caballo tiene nombre, aunque el presidente del país lo ha prohibido pronunciar.



Un palacio en renta. La alberquita. Cuando todos se salgan yo voy a entrar. Antes había otro palacio, derruido, estoy recordándolo desde el jacuzzi. Unas niñas que habíamos sido. En Rusia, tal vez. Zonas fastuosas, pero volábamos y llegábamos por fin a las porquerizas.

Mi hijo escapa del clan. Luego de muchos años —o eras— otro gran palacio. Columnas corintias, etcétera. La niña ya iba a abandonarlo y sería para mí. Adentro, una iglesia. Misa *En memoria de la Insigne Chozza Rosa*.

Voy en bicicleta, buscando el cuarto palacio. *Pero eso está en la zona de La Rosquiña*, me dicen. A pesar de que atravieso las zonas de mayor peligro, lo único que puedo hallar son menús repetidos de una rosticería polaca.

Hay una pared roja con la pinta *Bates*. Hay un hombre sin bajarse del ventanal que alza dos bolsas medianas para verme mejor y decirme *sé que vas volar, sé que vas verlo, hay una porción rodeada de mar en tu futuro, hay un marciano en tu casa y florea*.

(Yo no me llamo así —le digo— pero todo es cierto.)

Hay unos caballos que nacen del hielo. El hielo es un mar pequeñito que se alimenta del *día en que nadie me vio caer* y llega hasta donde los aviones transportan un mamut sobre un fondo al que una voz califica de *verde postizo*.

Hay un sol de muselina en tinta verde igual. Eso dice el señor Uzzi. Y dice baladas de menta. A Uzzi yo adjudico. *Yet a horse is horse*, he says.

En la vereda, si postiza, que caliente se avizora.

En una azotea. Síntoma recurrente. Fantaseo dejarme caer en la estructura y quedarme acodada en ese breve especie del león.

Un felino ahí empotrado.

¿En qué momento en la casa de quién alguien se quedó mirando fijamente una leona en la cúpula del arco? *Alguien que siempre había vivido ahí.*

Yo daría un curso en una cueva. Yo, en la nieve. Mi hermano se desnuda.

¿Qué se puede hacer? Se puede ser madre, expedición, largas heridas en el cuello, pus.

Ella nos clausura al vernos por el espejo, nos clausura al vernos de espaldas.

¿Ella lee su carta al nevar?

Secuestrados en una fábrica de embalaje, esperando el momento en que empiece a llover.

La madre nunca había sido la verdadera madre.
Ella era rubia y tenía siempre un discípulo.

(No habrá de concluir este experimento.
Sí grandes abrigos.)

Leo un libro. A la vez que lo leo va siendo escrito. Es un diálogo entre Dios y el Diablo que consiste en un duelo de risas. Intento memorizarlas, pero no están en mi idioma.

Yo vivía en Japón en la zona de las espigas, unos niños japoneses me seguían para matarme en secuencias verticales. Tubos de bombero. Takashi Miike. Romance. Una alberca. Los de adentro son malignos, salen y les brotan pies. Los de afuera se convierten en sirenas. Alguien se come o pisa a los peces enamorados. Yo los intento revivir, disfrazando su falta de carne con ropa. Una mujer muy enojada me escribe algo en la libreta con crayón: es un mensaje para ti.

Mientras tanto, Hitler me daba una medusa-escarabajo negra o un langostino para cuidarlo el día del desfile. Pensé que sería fácil porque traía su jaula de vidrio pero cuando entró en la madriguera, ya no volvió. Voy por mi polvera, dijo, y regresó con un kit de maletas con rueditas, pero ya era otro animal. Lo sabía por la distancia que tenía el langostino de la boca a su ojo, pretendía fingir su sonrisa, siguiendo la estrategia de Faul McCartney.

Me dan un microchip transparente en la Calle del Agua. Es entre un LSD y un lente de contacto que debo ponerme en cada una de las comisuras del cuerpo. Algo tiene esto que ver con lechugas. El asunto es que se me pierde, es decir, se pierde de vista, y tengo que hacer una travesía para reencontrarlo en la troca roja de mi papá. Estamos en 1952, naturalmente, y voy con un campesino que me llevará al plantío de microchips. Me dice que es fácil encontrarlo, lo difícil será pagar por él, porque cuesta un peso. Y no existen los “un pesos” en esta época de la historia.

Me fui a vivir a un estacionamiento de Soriana. Empaqué muchas lechugas, les puse un suéter de colores con brillitos para que parecieran un chihuahua (era lo mejor, para despistar) y un bote de crema líquida. Es perfecto, este es mi hogar ideal, me dije. Entonces me di cuenta de que alguien me espiaba. Un niño enorme, gordo. Empezó a caminar hacia mí. Era un *boy scout*. Pensé: ojalá hubiera wifi. El niño gordo se aceleró, tenía un paliacate verde. *Ojalá hubiera wifi, ojalá hubiera wifi*. Pero el niño gordo no se escondió, seguía y seguía, aproximándose; sin nunca llegar a mí.

Una crema para las ojeras, pero en lugar de color “piel” era color rosa. Un rosa de nieve de fresa que me ponía en los ojos como un ritual, aunque nadie sabía de qué. El mago hindú ordenaba a la gente con su índice a sacarse un colmillo e irlo a poner como limosna al hombre barbado. Fingía darle el diente de mi hijo al vagabundo. Todos eran zombis. Mi hijo brincaba encima de un queso enorme. *No lo venda, por favor, es que ya lo pisó*, le decía al dependiente. Era un queso panela y la única preocupada por que los hombres no comieran queso sucio era yo. *No pasa nada, prueba*, ella me decía y ya me iba comiendo tres trozos y luego otros tres.

Había una triada de gemelas o en realidad éramos cuatro: una mujer de Vinculación, mi madre y yo. De la mano llevo a un niña por pasillos estrechos. Un corte de cabello aborígen. Alguna lleva el arete perdido de rubí de mi abuela.

Antes, R. aparece en un taller mecánico. Descubrí que soy un inocuo, me decía. En este contexto la palabra significaba lo mismo que *eunuco*, pero él me decía *no, no, temperamento, nenuco no*.

Aparecía una pantalla roja con todos los nombres de los protagonistas de la narración. Mi temperamento tenía algo que ver con “listones” o “fiesta” o “papel de china”, pero era más parecido a “piscis o piscis estival”. O algo muy rosa mexicano.

Finalmente, desperté con sabor a queso en la boca.

En otro lugar, ascendías por un estacionamiento en capas de hojaldre y si querías te cortaban la cabeza para decidir una cosa u otra, te hacías verde de cera y morías dos horas, luego volvías a crecer las manos desde una caja de muñeco, pero si las doblabas era tu culpa. *Pretty purple / pretty purple inside my head / pretty purple in my head*. Despiertas con una canción. Un hombre nos secuestraba para que le compráramos donitas, nos robaba cada una de nuestras monedas.

Las supuestas donitas no aparecían nunca en la historia, por supuesto, eran la treta para irnos a arrojar a un río en una ciudad lejana o cercana, que dejó de existir.



DIANA GARZA ISLAS (Santiago, NL, México, 1985). Su ciclo amarillo comprende hasta el momento las publicaciones *Caja negra que se llame como a mí* (Bonobos, 2015), *Adiós y buenas tardes, Condesita Quitanieve* (El Palacio de la Fatalidad, 2015), *Catálogo razonado de alambremaderitas para hembra con monóculo y posible calavera* (Conarte, 2017) y la antología *En el fondo todo poema es yo de niña mirándola* (La Cleta Cartonera, 2018). Publicó también *La czarigüeya escribe* (Analfabeta, 2014). Estos materiales pueden consultarse en hastrolabia.net

★

Primer infolio de las vidas reunidas de Almería Smarck es una breve muestra de las bitácoras de investigación onírica mantenidas por la autora desde 2002. Este es el primer volumen publicado de esa obra en proceso.



Universidad Autónoma del Estado de México

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*